

Presentación del Dr. D. Mariano Barbacid Montalbán en su ingreso como Académico de Honor

*Luis Franco Vera**

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA;
ILMA. SRA. PRESIDENTA DEL COLEGIO DE MÉDICOS DE VALENCIA;
ILMO. SR. PRESIDENTE DEL INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO;
ILMA. SRA. SECRETARIA GENERAL DE LA ACADEMIA;
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORAS Y SEÑORES ACADÉMICOS;
SEÑORAS Y SEÑORES:

En la vida de las instituciones, como en la de las personas, hay días especialmente gratos, cargados de un brillo especial, que nos lleva a recordarlos durante mucho tiempo. Hoy, el libro de la vida de esta centenaria Institución se abre por una de sus páginas brillantes, al recibir como Académico de Honor al Profesor Mariano Barbacid Montalbán. En mi libro particular también se escribe hoy una página destacada, debido fundamentalmente a dos motivos. El primer lugar, porque el Excmo. Sr. Presidente de esta Academia me ha designado para presentar al nuevo Académico de Honor. No sólo por debido acatamiento acepté llevar la voz de la Academia en esta tan memorable ocasión, sino que constituye para mí un motivo de honda satisfacción. Agradezco, por tanto, de todo corazón tal designación, porque siempre es grato tener la ocasión de hablar de un gran científico y de una gran persona y Mariano Barbacid, huelga decirlo, reúne ambas características. Pero aunque la decisión del Presidente de nuestra Academia sea motivo de honor y de agradecimiento para mí, no es ocasión de orgullo. Sé que mi designación no se basa en mis méritos personales, sino en una circunstancia en cierto modo fortuita. Esa circunstancia constituye el segundo motivo por el que el día de hoy adquiere para mí una relevancia especial y, en cierto modo, aunque pudiera parecer paradójico, sí me produce un legítimo orgullo.

Cuando uno acumula a sus espaldas muchos años de docencia universitaria, son muy numerosos los estudiantes que ha tenido ocasión de conocer. En mi caso, muchos de mis antiguos alumnos han llegado hoy a ocupar un lugar destacado en la Ciencia y entre ellos sobresale el Dr. Barbacid, de quien fui profesor en la Universidad Complutense hace más de 40 años. Esta es la circunstancia fortuita a la que acabo de aludir; es por esta ya antigua relación y no por mis méritos por lo que estoy ahora ocupando esta tribuna. Pero decía que me produce un legítimo orgullo esta situación. Que un antiguo alumno llegue mucho más allá de donde ha llegado el profesor ha de ser, y para mí lo es, un motivo de satisfacción.

Hace escasamente dos meses, en este mismo lugar, el Académico de nuestra Corporación Dr. Carbonell Cantí, contestando al discurso de ingreso del Dr. Cantó, citaba al famoso cirujano torácico británico Sir Clement Price Thomas que decía a uno de sus discípulos: *Look boy, if you are not better than me, there's something wrong with both of us*. Yo no hablé así a Mariano Barbacid, pero si lo hubiera hecho, hoy podríamos constatar que no había fallado nada entre nosotros. Con todo, reconozco que mi aportación a la carrera del Dr. Barbacid fue mínima: me limité a ser su profesor un curso de la licenciatura en Ciencias Químicas. No puedo jactarme de haber influido en su trabajo ulterior y quizá sólo contribuí en alguna medida a sembrar en él el *gusanillo* del gusto por la Bioquímica, pero me alegra y me honra la contribución, por mínima que haya sido, que pudiera aportar en la educación científica del Dr. Barbacid. Viene aquí como anillo al dedo la consideración de Condorcet, *las medianías pueden educar, pero los genios se educan por sí solos*. Señoras y señores, no me crean exagerado si aplico al Dr. Barbacid, como habrán intuido, el calificativo de genio. Y, por si alguien, poco avisado, pudiera pensarlo, hagamos un breve recorrido por su *curriculum vitae*.

El Prof. Barbacid, que había nacido en Madrid en 1949, después de licenciarse en Ciencias Químicas en 1971, inició su tesis doctoral en el Instituto de Biología Celular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bajo la dirección del Prof. David Vázquez. Si el Dr. Vázquez, bioquímico de fama internacional prematuramente desaparecido, estuviera físicamente entre nosotros, podría testificar que en ese joven, que se iniciaba a la investigación bajo su supervisión, se veían ya las cualidades requeridas para llegar a ser un genio. Baste el dato objetivo de que la tesis, realizada en 3 años, dio lugar a 14 artículos en publicaciones internacionales de prestigio.

Terminada la tesis, el ya Dr. Barbacid realizó una estancia postdoctoral en el National Cancer Institute de Estados Unidos. Otro dato objetivo nos habla de la calidad de su trabajo postdoctoral: en 1977 pudo formar su propio grupo de investigación en el mismo Instituto, en el que permaneció hasta 1988, llegando a ser jefe de la Sección de Developmental Oncology. En esta época precisamente fue protagonista del ya mítico descubrimiento de los oncogenes, del que tendré ocasión de ocuparme más tarde. Durante la siguiente década, trabajó en la industria farmacéutica, alcanzando el cargo de Vicepresidente de Oncología Preclínica de la multinacional Bristol-Myers Squibb.

Cortó entonces Mariano Barbacid con una excelente situación en Estados Unidos para lanzarse a una aventura, que también pone de manifiesto sus cualidades humanas. Me refiero a la fundación y dirección del Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas en Madrid, el CNIO, como lo designamos coloquialmente en esta nuestra época tan dada a las siglas. Y nuestra época se caracteriza también por establecer clasificaciones, rankings por utilizar un anglicismo al uso, y las vemos a diario en los

medios de comunicación acerca de deportistas, políticos, personas adineradas..., pero pocas veces de científicos o de instituciones dedicadas a la ciencia. Pues hay que decir bien alto que durante el liderazgo del Prof. Barbacid el CNIO, en menos de una década, se colocó entre los 10 mejores centros de investigación del mundo. Pero, al igual que en los mapas del tiempo vemos áreas bonancibles y áreas borrascosas, también sobre este clima bonancible del CNIO soplaron vientos fuertes, que llegaron a adquirir características de auténtica tempestad. El temple humano del Dr. Barbacid se mostró una vez más y, con gran elegancia, supo capear el temporal para continuar en el centro desde 2011 como Profesor AXA-CNIO de Oncología Molecular y jefe del grupo de Oncología Experimental.

Fruto de esta ya dilatada carrera científica ha sido la publicación de 292 trabajos científicos que han sido citados más de 50.000 veces. De ellos, 14 de ellos han aparecido en *Nature* y 9 en *Cell*, por solo citar las dos revistas de mayor impacto en Biología Molecular. En la actualidad su índice h es 105, lo que significa que 105 de sus artículos han sido citados en al menos 105 publicaciones. Pocos científicos en el mundo pueden presentar logros semejantes.

Y si repasamos la relación de honores y distinciones que ha recibido el Dr. Barbacid como reconocimiento de su producción científica, nos veremos obligados a hacer un sucinto resumen: de otra manera mis palabras se alargarían en demasía. Como botón de muestra, baste decir que es uno de los 5 españoles miembros de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, que es el único español miembro de la Asociación Americana de Investigación en Cáncer, que es Doctor *Honoris Causa* por tres Universidades españolas, que es miembro de Honor de la Real Academia Nacional de Farmacia... Y omito, en pro de la brevedad, la relación de medallas, condecoraciones y premios que ha recibido y que cualquiera de ustedes puede consultar a través de los distintos cauces que hoy ofrecen las tecnologías de la información.

Pero, antes de terminar y como había anunciado, quiero centrarme un instante en el descubrimiento de los oncogenes, que lanzó definitivamente a la fama al Prof. Barbacid. Para muchos de los aquí presentes –me refiero fundamentalmente a quienes han nacido después de 1982– la palabra oncogén forma parte de su lenguaje ordinario. Para algunos de nuestros estudiantes, quizá sea tan familiar que les parezca que el concepto de oncogén existe desde siempre o, al menos, desde tiempo inmemorial. Es cierto que los oncogenes existen desde que hay vida animal en nuestro planeta, igual que América existía mucho antes de que naciera Cristóbal Colón. Pero igual que al ilustre navegante le cupo el honor de hacérselo saber al resto del mundo, a Mariano Barbacid le cabe el honor de habernos hecho saber qué son y cómo actúan los oncogenes. Se puede decir que su famoso artículo de 1982 en *Nature* dio un giro copernicano en la investigación oncológica y ha contribuido a la salvación de muchas

personas y a que hoy los oncólogos comiencen a considerar el cáncer no como una enfermedad necesariamente letal, sino en muchos casos crónica. De la investigación más reciente del Prof. Barbacid no hablaré nada. Dentro de unos instantes tendrán ocasión de escucharlo de sus propios labios.

El literato y académico francés Jean de la Bruyère decía que *sólo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de gratitud*. Discúlpeleme, pues, si acabo mi presentación, como la empecé, con palabras de gratitud. Gracias, Presidente de esta Academia por permitirme estar ahora aquí; gracias, Mariano, por toda tu investigación que tanto bien ha hecho a la Ciencia y a toda la humanidad y que ha aportado esperanza a tantos enfermos de cáncer; gracias, Mariano, por haber aceptado el nombramiento como Académico de Honor de nuestra Corporación que se siente honrada al recibirte; gracias a todos ustedes por su presencia y por su paciencia al escucharme.